

HECHOS Y NORMAS (Acerca del núcleo metodológico de las ciencias sociales)

Summary: *The role of the scientist in society is analyzed here: on the one hand the false security of the natural scientist within the capitalist mode of production and, on the other, the revolution which is needed today in the attitude of the social scientist; both situations are seen against the background of an exceptional crisis in the capitalist mode of production, related to another in the social relations that make it possible. Social sciences are called for in the overcoming of this situation. But in bourgeois society they have chosen to limit themselves to the observation of the given, thereby rejecting the possibility to judge and understand it and eliminating as well the chance of influencing the outcome of events. The bourgeois idea of natural science, taken as a model for social sciences, has no basis in historical facts. Such an idea extols an inductivist methodology based on the social atomism of bourgeois individualism, a wrong approach social sciences must reject.*

Resumen: *Se analiza aquí el papel del científico en la sociedad: tanto la falsa seguridad del científico natural dentro del modo de producción capitalista como la necesaria revolución en la actitud del científico social, ambas cosas enmarcadas dentro del contexto de crisis excepcional que vive el modo de producción actual, relacionada a su vez con otra en las relaciones sociales que lo apoyan. Las ciencias sociales están llamadas a ayudar en la superación de esta situación. Pero al dedicarse únicamente a observar lo que ocurre, las ciencias sociales han renunciado a juzgarlo y entenderlo, con lo cual se han incapacitado para proponer caminos para el futuro. La imagen burguesa de las ciencias naturales, tomadas como modelo para las sociales, ni siquiera corresponde a lo ocurrido en la historia. El inductivismo en que se basa esa ima-*

gen corresponde más bien al atomismo social del individualismo burgués, que debe ser superado por las ciencias sociales.

1. Propósito

Como en ponencias anteriores —y como seguiré haciéndolo después—, pretendo desarrollar una línea de pensamiento que, por variadas razones, está condenada al desinterés.

Camino ahora dentro del ámbito de las ciencias que versan sobre las relaciones de los hombres entre sí (sobre las “ciencias sociales”) y, de ellas, me interesa más la *investigación fundamental* (la investigación de fundamentos) que la *investigación coyuntural* (la que versa sobre hechos).

Al hacerlo, me sitúo conscientemente contra una tendencia (que es de generalizado estudio coyuntural) quizás con el vano afán de despertar a algún científico social de su “sueño dogmático-naturalista” y, ante todo, con el afán de mostrar que, quien renuncia al estudio fundamental da por buenos los esquemas teóricos importados, aceptando que, *mutatis mutandis*, valen de por sí.

Emprender hoy el estudio fundamental en nuestros países subyugados por el capital trasnacional y por sus productos (léase también: por las ciencias “normales” sociales) es realizar una operación científico-crítica de rebeldía y de afianzamiento de la propia especificidad.

Y tiene, además, otro propósito. Quisiera discutirle a los científicos que versan sobre la naturaleza (los que se dicen “científicos de verdad”) aquella falsa, fatua y nociva seguridad que les confiere el modo de producción capitalista en tanto, absorbidos como fuerza productiva, les confía aparentemente las tareas de mayor responsabilidad social (las de la producción de los medios de producción y

de los medios de vida), haciéndoles creer que son ellos los que deciden sobre el destino de la sociedad y que son también los llamados a resolver los grandes problemas que nos asaltan.

Y, como no va contra ellos el discurso, se trataría, en fin, de mostrar que ni los países más desarrollados desde el punto de vista de la acumulación de capital, ni los menos desarrollados encontrarán su "crecimiento sostenido" los unos y su "despegue" los otros, teniendo como base única el desarrollo de las ciencias naturales y el de las técnicas que aquellas posibilitan.

La problemática actual de la humanidad no radica en la escasa o baja productividad, ni en la falta de teletipos o de cursos de alta gerencia. Está en crisis excepcional el modo de producción, porque comienza a no ser ya capaz de organizar aquello que hasta ahora había logrado de una forma bastante espontánea: la reproducción de la vida humana.

Estamos entrando en una fase en la que habrá que decidir consultando a los demás y en la que se impondrá como ley la necesidad de apropiarse socialmente de la riqueza social.

El hombre que este modo de producción ha generado ya no le vale pues, a la par que se han desarrollado grandes sistemas de mediación (de automación) quedando muchos hombres desplazados del proceso de producción y consumo, el individuo ha ido adquiriendo conciencia de lo que se le priva, de su "total vaciamiento" y de los poderes abstractos que lo dominan.

Este hombre no sólo ha aprendido e interiorizado a través de varios siglos de lección que el trabajo es un deber. Hoy sabe y experimenta que el trabajo es un derecho por el que vale la pena luchar, pues comienza a comprender que, más allá del interés del capital, existe la real posibilidad de distribuir el trabajo de tal forma que, trabajando todos menos, trabajen todos. Sabe, además, que él no puede ser un elemento "disponible", sino que, más allá de los estrechos límites de este modo de producción, es él el verdadero "capital": la verdadera "fuerza productiva" de la riqueza social.

Disciplinado desde multitud de instancias (hogar, iglesia, escuela, ejército, taller de trabajo), consciente de su derecho y de sus posibilidades (en tanto las capta fuera de sí, como poderes externos) y solidario con sus demás compañeros de suerte, surge este hombre anunciando el "no va más" del mundo que le vio nacer.

Lo que está en crisis y en profundo desgarramiento son las relaciones sociales que todavía dan sustento a este modo de producción. Se ha acumulado ya un potencial social que está rebasando —por inadecuada— la forma de organización de esta sociedad.

Por eso mismo: la exigencia máxima se le plantea hoy a las ciencias sociales, ya que no se podrá superar esta situación espontáneamente y habrá que aprender a organizar aquella sociedad que, garantizando la participación de todos, garantice la reproducción de la vida de todos los hombres y de la naturaleza.

2. Confusión y Estancamiento

Hace ya tiempo que las ciencias sociales se replegaron a la búsqueda de los hechos y de su descripción (1). Se impuso el "sano sentido común" anglosajón y el espíritu inductivo (2) (que teme las generalizaciones y la trascendencia), dándole tono al último trecho del camino histórico seguido por estas ciencias.

El sociólogo de nuestro tiempo trata de saber qué tanto por ciento de norteamericanos votará por R. Reagan o cuántos alemanes lo harán por H. Kohl. Y se siente satisfecho y hasta lo celebra cuando, pasadas las elecciones presidenciales, constata que su error de aproximación cayó dentro de los límites estimados; confunde el acierto con el "conocimiento de los hechos", o, al menos, se conforma con lo primero porque, según él, es lo que cuenta, ya que la sociedad le dará su reconocimiento y el gobierno ganador, con buen sentido de lo que es oportuno, será su mejor contratista para el futuro.

El juego de las democracias formales consiste, en parte, en generar, mediante la manipulación de la conciencia social, los resultados que aparecen en las pantallas definitivas, si bien los sociólogos los toman por objetivos en el sentido de ser expresión de la espontaneidad de los votantes.

Y no se crea que la psicología, la sociología o la economía pretendan convertirse hoy en una nueva "ars inveniendi" (el arte de otear el futuro), pues hace mucho que renunciaron a la posibilidad de predecir y a la de proponer.

Ahora bien, cuando una disciplina sobre la sociedad se dedica a "observar lo que pasa" y a "describir en términos de observables", renuncia con ello a juzgar lo que pasa y, por ende, a entenderlo.

La renuncia al juicio trae consigo el acatamiento al hecho y obliga a la razón a situarse necesariamente *detrás* de los acontecimientos. Por seguir fielmente el lema baconiano de no precipitar el juicio, se abandona el camino fuerte de la ciencia, que consiste, ante todo, en someter los hechos a juicio, para comprender su significado.

De las muchas cosas que debemos a la burguesía, hay una que merece especial mención. Se trata de aquella forma de la conciencia social que nos impele a *luchar contra los privilegios*. Diríamos que la burguesía nace como clase social precisamente al ritmo de esa lucha; y que, si hay algo burgués que tenga los contornos universales que la clase burguesa siempre deseó para todas sus categorías, esa es la conciencia de la necesidad de luchar, en general, contra todo privilegio. Hasta aquellas sociedades notables por sus profundas diferencias en clases y castas —como la India— han hecho suya esta actitud tan históricamente burguesa.

Podríamos decir —glosando a C. Marx— que esa idea, como la idea de igualdad, “posee ya la firmeza de un prejuicio popular” (3), pues la han tomado como propia todas las sociedades civilizadas de la tierra.

Desde su inicio, la lucha contra el privilegio buscó una legitimación, fundándose en una “región” diferente a la que fundamentaba al privilegio mismo. El privilegio —privativo, excluyente— anida en la exclusividad, en la particularidad y en el aislamiento. Hace énfasis en la diferencia. La lucha contra él exige, entonces, la apertura hacia la unidad, hacia lo universal y hacia el género.

Había que fundar la lucha en un lugar en el que la particularidad se disolviera. Por ello, se recurrirá al pasado, buscando “hacia atrás” la desaparición de las diferencias en una fusión primera del hombre con el animal y en otra posterior del hombre con la naturaleza. Buscando, pues, aquella frontera de la realidad en la que “todos somos iguales”. Una frontera que significara algo así como el “momento equivalencial”, de igualdad o de indiferencia de lo individual frente a lo universal y que permitiera, *después*, entender por caprichoso, arbitrario, violento (“contra natura”), falso e irracional todo hecho de privilegio. El privilegio debería aparecer siendo ruptura, desacato y transgresión de un orden constituyente previo, originador a ultranza de todo derecho; ese orden previo era la *naturaleza humana*.

También la muerte había aparecido antes como momento nivelador de diferencias (“sic transit gloria mundi” era un epitafio dedicado a los reyes y príncipes de la iglesia) la muerte era una frontera objetiva de igualación. Pero la muerte no permitía fundar el derecho a la vida en igualdad. A lo sumo, permitía influir moralmente sobre el ánimo de los privilegiados, llamándolos al ejercicio de la caridad, o sobre el ánimo de los menesterosos, llamándolos a la paciencia y a la conformidad.

La lucha, pues, busca el fundamento racional legitimador en lo “externo”: o bien en lo que estuvo siempre fuera del hombre (la naturaleza bruta), o bien en lo que salió del hombre producto de su trabajo y, por eso, objetivado y *objetivo*. Nada más “natural”, diríamos hoy, que atacar, desde esa plataforma, cualquier asomo de subjetivismo y de particularidad personal, pues la verdad radica en lo puramente objetivo.

A la par que la burguesía se va liberando del miedo y del respeto a los privilegios, en tanto va conquistando espacios políticos dentro de la sociedad, va “liberando” ámbitos para establecer nuevas relaciones con la naturaleza. El hombre industrial (El homo faber) ya no tendrá remilgos para el trabajo manual y para intervenir en los procesos naturales descifrando su legalidad.

Surgen una tras otra las ciencias modernas sobre la naturaleza —la Física, la Química, la Biología, la Anatomía, la Fisiología— y, con ellas, se va apuntalando la conciencia burguesa a la que dan seguridad y brillo.

Con más lentitud, se van formando la Historiografía, la Antropología, la Economía Política, la Ciencia del Lenguaje, la Psicología, etc.; aunque serán las ciencias naturales las que mejor representarán este papel de la objetividad.

La fría objetividad que supuestamente acompaña a la actividad científica le confiere un tono de no compromiso, de alejamiento y de *neutralidad*. De aquí que —científicamente hablando— no se encuentren límites a la posibilidad de manipulación de las cosas. Es una actividad que, en sí, parece estar más allá del bien y del mal, pues la naturaleza entera es lo disponible para el hombre y éste —como verdadero “rey de la creación”— tendrá derechos de dominio sobre ella. La objetividad, pues, llevará implícita la prohibición de todo tipo de valoración. La ciencia de verdad, dirá un día Max Weber, “no puede enseñar a nadie qué debe hacer, sino únicamente qué puede hacer y, en cier-

tas circunstancias, qué quiere" (4).

Para que más tarde entendamos la notable diferencia ideológica con que la burguesía concibe (¡no decimos que así sea!) las diferentes ciencias (naturales y sociales), conviene aquí señalar lo siguiente: las ciencias naturales modernas pasan, muy poco después de su nacimiento, al taller de la producción, convirtiéndose en poderosas mediaciones de los procesos industriales, en fuerzas productivas sociales. Es necesario reconocer su carácter instrumental-capitalista para entender por qué la idea de dominio está tan implícita en ellas. La organización del "taller de la producción" en la época moderna se realiza científicamente, no dejando nada al azar; y se trata *objetivamente* y "neutralmente" con todos los "factores" del proceso productivo: materias primas, combustibles, hombres, máquinas e instalaciones. Todos estos "factores" serán estudiados como objetos propios de la ciencia natural (también el obrero).

La lucha contra el privilegio tiene, pues, multitud de manifestaciones y una de ellas aparece en las ciencias de la naturaleza como ideal de objetividad del conocimiento. Esta es la objetividad que, invitando a despojarse de todo particularismo, llevará posteriormente a la máxima burguesa que tiene en M. Friedman su mayor representante: en los procesos sociales no conviene intervenir, si se quiere vivir en equilibrio.

Los caminos que llevan esta postura científica hasta M. Friedman son algo tortuosos y no tan fácil de comprender. De hecho, la concepción que tiene sobre la ciencia natural aquella burguesía que la vio nacer es muy distinta a la opinión oficial actual. En palabras de I. Kant:

"Cuando Galileo hizo rodar por el plano inclinado las bolas cuyo peso él mismo había determinado, cuando Torricelli hizo soportar al aire un peso que de antemano había pensado igual al de una determinada columna de agua; cuando más tarde Stahl transformó metales en cal y ésta a su vez en metal, sustrayéndoles y devoliéndoles algo, entonces percibieron todos los físicos una luz nueva. Comprendieron que la razón no comprende más que lo que ella misma produce según su bosquejo; que debe adelantarse con principios de sus juicios, según leyes constantes y obligar a la naturaleza a contestar a sus preguntas, no, empero, a dejarse conducir como con andadores; pues de otro modo, las observaciones, los hechos sin ningún plan bosquejado de antemano, no pueden venir a conexión en una ley necesaria que es, sin embargo, lo que la razón busca y necesita. La razón debe acudir a la naturaleza llevando en una mano sus principios... y en la otra el experimento, pensando según aquellos principios;

así conseguirá ser instruída por la naturaleza, más no en calidad de discípulo que escucha todo lo que el maestro quiere, sino en la de juez autorizado que obliga a los testigos a contestar a las preguntas que les hace... Sólo así ha logrado la Física entrar en el camino seguro de una ciencia" (5).

Claro que muy otra era la opinión que partía de F. Bacon y que lleva hasta los economistas de Chicago. Según el aforismo primero del *Novum Organum*:

"El hombre servidor e intérprete de la naturaleza hace y entiende tanto cuanto ha podido escrutar del orden de la naturaleza por la observación o por la reflexión; ni sabe ni puede más" (6).

Una postura presenta al hombre como *soberano*; la otra como *servidor*. Y ambas, diríamos hoy, son verdaderas sólo en parte.

A lo que nos referimos aquí es, más bien, a la interpretación generalizada (convertida ya en "prejuicio popular") que se da de las ciencias naturales en nuestro tiempo y el papel que ella juega en la concepción y configuración de las ciencias sociales.

No es el hombre tan "servidor" como pensara Bacon, pues ha demostrado hasta la saciedad, todo lo contrario: ha transformado a su capricho por donde ha ido pasando e incluso ha ido destrozando a su paso... Pero tan poco es tan soberano como señalará Kant: los determinismos naturales y los sociales limitan enormemente esa actitud kantiana.

Desde 1927 sabemos que la objetividad es la objetividad *con* el sujeto: que en realidad, no hay forma de eliminar al hombre... Pero también sabemos que, sin modelos normativos, la disciplina científica se degrada en saber vulgar.

Es importante dejar esto bien claro. La imagen que se tiene de las ciencias naturales, pero que sirve de modelo y de "meta" para las sociales, es falsa en tanto describe una actividad que históricamente no ha tenido lugar.

Diríamos, pues, que no hay adecuación entre lo que ha sido la ciencia natural y lo que se pensó que era o debía ser.

Esta confusión ha llevado a una actitud prolongada (ya desde al menos 1787) de mimetismo por parte de las prácticas de las ciencias sociales y el error ha sido doble:

—por haber querido imitar una práctica no pertinente, pues la "naturaleza" de las ciencias sociales es diferente —aunque no sea totalmente diferente;

—por haber querido imitar no lo que las ciencias naturales eran, sino lo que ideológica y falsamente se creía que eran, asignándoles modos de proceder que no les eran propios. Diríamos que se ha buscado interpretar el proceder de las ciencias naturales, tomando de ellas sólo una dimensión que, si bien está en ellas presente, no constituye por sí sola conocimiento científico. Nos referimos al lado *inductivo* de las ciencias, y al papel de la *observación* y al de la *experimentación* y al de la *valoración* y al de la *verificación*.

Se viene a decir que aquellas actúan de lo singular a lo general; de la parte al todo; inductivamente; de los hechos a las leyes, etc.

¿De dónde viene esto?

La burguesía conservadora de nuestro tiempo (de 1830 hacia acá) defiende el individualismo burgués a ultranza: defiende el estado social competitivo disgregado en innumerables individuos que como átomos de Demócrito se enganchan o rechazan azarosamente en sus intereses. El individuo es lo fundamental, lo material, lo sustancial. La "sociedad", la "clase", la "nación" son universales, "flatus vocis". Se predica un método que respete y reconozca la situación presente como el HECHO. Pero ese mundo del hecho, de lo establecido, no se comporta a pedir de boca, escapa fácilmente a su interpretación. Por ello, se busca en lo natural, en el átomo, como ejemplar de comportamiento que aquí se echa de menos.

Concibiendo ahora acomodadamente, pro domo, el proceder de las ciencias naturales, se piensa que ellas cumplan plenamente el modelo buscado: en ellas se realiza el paraíso del empresario burgués de la "competencia perfecta" donde sólo rigen "equitativamente" las leyes de la acción y la reacción. Se cree que la física opera, ante todo, inductivamente y que se atiende exclusivamente a los hechos. De ahí se vuelve al ámbito que versa sobre las relaciones sociales y se le exige, imitando servilmente aquella concepción, el apego a los hechos. Y, cuando creen haber logrado ese irrestricto apego a lo fáctico, celebran que los hechos sociales respondan a causas tan sencillas de exponer como las que explican las razones de combustión de un fósforo:

"Si supiéramos lo suficiente acerca de las circunstancias y del sistema de motivos que constituyen los caracteres de los hombres, y si tuviéramos también leyes establecidas que especificaran sus efectos sobre las acciones, podríamos decir que habíamos conseguido obtener la explicación completa... (esto) equivale a la explicación... acerca del encen-

dido de una cerilla cuando decimos que se debe al raspado de la cerilla sobre el raspador de una caja de las mismas. Por lo mismo que la caja de cerillas es un objeto material duradero, un motivo es un estado duradero de la mente. Cuando la mente recibe un rasonazo de una circunstancia apropiada, se enciende en una intención o en una acción" (7).

Vemos que la confusión no puede llegar a más: aquí la confusión se ha convertido nada menos que en la "lógica de la Investigación de las ciencias sociales" y, como los textos de Mario Bunge o de K. Popper, pretenden imponer un modo de proceder que hace estéril el esfuerzo del pensador científico.

Baste mirar los resultados de esos métodos para comprender cuán torcido es el camino. En pocas ocasiones podremos observar mayor perplejidad que la que acusan sociólogos y economistas, cuando nos asalta una crisis como la de 1973; cuando se pone en entredicho la forma misma de la reproducción como totalidad. Ante la pregunta del "qué hacer", callan avergonzados porque la argumentación acumulada en torno a la complejidad de los fenómenos humanos sólo viene a descubrir sus desnudeces.

Ya no nos extraña que hasta los mismos ideólogos que apoyan ese mimetismo del que hablábamos, vengán a dudar de la validez de los esfuerzos en este campo.

Así dirá K. Popper:

"Lo cierto es que no me gusta la sociología ni las ciencias sociales en general. Harían bien, por cierto, en no aplicarle el calificativo de *ciencias* ya que en realidad no son tales" (8).

En fin, volvemos a lo mismo: el estancamiento actual no se debe ni a la complejidad del objeto, ni a la falta de imitación de lo natural, sino a la desviación en parte inconsciente, pero en parte consciente, que acusan las tendencias burguesas desde los años ochenta del siglo XIX, buscando una ciencia social *neutral, libre de valores* y que no incite a la intervención en la política.

Para entender esto mejor, hemos elegido uno de los numerosos libros que encontramos en nuestras bibliotecas referentes al "método de las ciencias sociales". Se trata de *La lógica de la investigación social* de Quentin Gibson que ya hemos citado.

Pues bien. Como en tantos otros libros, aquí se nos da gato por liebre. Con un giro rápido de pensamiento, se nos dice que como la ciencia es la

ciencia en general y como de esa ciencia en general son las ciencias naturales las más desarrolladas (¿y quién se atreve a discutirle eso!), conviene analizar lo que es el método de las ciencias sociales, analizando el método de las ciencias naturales. Pero no esperen que, más tarde, se haga ver la analogía y la diferencia. Sólo se nos dirá que habrá ciertas diferencias dado que el objeto de las ciencias sociales (nada menos que el hombre) es más complejo que una piedra o que un camello: "los motivos humanos se parecen a las cajas de cerillas en que todos tienen una historia, y por ello permiten ambos tipos de explicación. Pero se diferencian en que son más variados y más complicados y esto es lo que da al tipo restringido de explicaciones motivadas su especial importancia" (9).

Lo que nos queda pues, es el supuesto método de las ciencias naturales y no el de las ciencias sociales. Y decimos "supuesto método" porque se afirma gratuitamente como tal, no viéndose obligados a legitimarlo, pues no está puesta la vista en eso precisamente.

Al final tendremos un catálogo o recetario que, si lo aplicamos bien producirá, como decía F. Bacon, el conocimiento:

"1. El método científico implica... abstracción. ... Distinguiamos las propiedades y relaciones de las cosas y hacemos afirmaciones que atribuyen propiedades y relaciones a esas cosas; es decir las describimos.

"2. Es un método que no busca sólo la descripción de las cosas en particular, sino también la elaboración de afirmaciones de tipo *general* de cualquier clase, incluyendo corrientemente lo que llamamos leyes científicas.

"3. Es un método que se vale de la observación experimental para apoyar las afirmaciones que elaboramos, que constituye el último recurso de nuestras observaciones sensoriales y la comprensión de nuestros propios procesos mentales.

"4. Es un método que se ciñe a los hechos, y el estudio de los hechos, prescinde por completo de cualquier consideración acerca de su bondad, de su valor o del deber ser" (10).

"5. Es un método objetivo, es decir, nadie puede estar influido por las circunstancias generales en que se desenvuelve la investigación cuando elabora las afirmaciones que deduce (sic) de la experiencia.

"Ahora bien, proponemos que estas cinco características—abstracción, generalidad, evidencia experimental o empírica, neutralismo ético y objetividad— sean los elementos definidores de la ciencia. Las cinco gozan de aceptación general no sólo como elementos esenciales, sino tam-

bién como elementos básicos en cualquier estudio acerca de cualquier materia" (11).

Como después veremos, este método—que no es del todo el de las ciencias naturales— no va a producir el conocimiento deseado pues casi se está renunciando a él. La situación a la que lleva creo que queda excepcionalmente descrita por unas declaraciones de Herbert Simon ante el Senado de los Estados Unidos con motivo de la creación de una fundación para las ciencias sociales.

Decía él:

"El desarrollo de las ciencias desde hace veinte años, y el hecho de que se hallan cada vez más ligadas a la política de los poderes públicos, han dado como resultado la creación de un cierto número de instituciones encargadas de permitir al Gobierno que recoja con mayor facilidad opiniones científicas competentes... Los dispositivos existentes en la actualidad no ofrecen medios, que sean completamente satisfactorios, de obtener los mejores conocimientos y las mejores opiniones científicas destinadas a resolver los problemas públicos... Sería deseable que dichos organismos ampliasen en su seno la participación de las ciencias sociales de manera que lleguen a rebasar el cuadro de la economía puramente técnica... En verdad, los especialistas de las ciencias sociales empiezan a estar cansados de ver cómo se les someten a ellos problemas que han sido ya "resueltos" desde los puntos de vista físicos, biológicos e industriales, sin prestar una atención particular, a nivel competente, a sus diversos aspectos humanos, para venir luego a pedirles que aporten remedio a las lamentables consecuencias sociales y psicológicas a que han dado lugar. Si no se solicita la colaboración de los especialistas de las ciencias sociales desde el primer momento, es decir, desde el momento en que el problema se define, o son esbozadas las distintas maneras posibles de hacerle frente, continuaremos viviendo indefinidamente en un mundo que tiene muchos automóviles, pero pocos lugares de aparcamiento, muchos ocios y tan sólo los estupefacientes para llenarlos... Pero mientras el Congreso siga otorgando a la Academia Nacional de Ciencias el derecho de control sobre el Consejo Nacional de Investigaciones, la representación actual, insuficiente y mal equilibrada, de las ciencias sociales en el seno de la Academia, seguirá constituyendo el origen de un problema grave" (12).

Como se ve, aquí hay ya, al menos, conciencia de dos aspectos:

a) Se sabe que son necesarios los conocimientos científicos acerca de las relaciones sociales para resolver los problemas sociales; que no se trata, por tanto de problemas tecnológicos sin más;

b) que las ciencias sociales no se tienen en cuenta.

Y esto lo dice un norteamericano; el ciudadano de un país que, según el informe de la UNESCO, más medios dedica a las ciencias sociales dentro del ámbito capitalista.

Habría que añadir que, en realidad, el camino que han seguido las ciencias sociales no permite dar respuesta a las preguntas que espontáneamente lanza la vida social, por lo que no es de extrañar la poca atención que le prestan los poderes públicos.

El camino de su desarrollo está por otro lado.

3. Saber, Deber y Poder

“De un modo general, no me agrada todo el afeerrarse “positivista” a lo observable, que ahora está de moda. Me parece una cosa trivial que no se pueda pronosticar en el campo de lo atómico con una precisión arbitraria, y pienso... que no se puede fabricar la teoría a partir de resultados de observación, sino sólo inventarla” (A. Einstein).

“El hombre no se confunde con la materia de su obra, sino que va y vuelve de esta materia a su idea, de su espíritu a su modelo, e intercambia a cada instante lo que quiere por lo que puede y lo que puede por lo que obtiene” (Paul Valéry).

Para los científicos sociales de los países del “Imperio” (Centro), resulta procedente acatar el “hecho”, subordinar el método a lo fáctico, y proclamarlo como norma.

El “hecho” es, en el fondo, el real dominio que el imperio tiene sobre los países débiles, y la objetividad consistirá en perpetuar la situación. Por eso es que, visto científicamente (M. Friedman) *no* se debe intervenir. Intervenir significaría contravenir un orden dado. Obviamente, dejamos aquí de lado el *hecho* real, constituyente, de que el imperio es intervención continua y objetiva, pero no se podría, desde esa perspectiva, analizar, pues le faltan ahí las categorías apropiadas.

Para el hombre de la “periferia”, por el contrario (para el dominado), el “hecho” (el mundo sagrado de los hechos) se ha de vivir científicamente de otro modo. Conocer el hecho jamás puede significar *reconocerlo* y *acatarlo*. Conocer el hecho, será juzgarlo; pero juzgar el hecho es cuestionar-

lo y cuestionarlo para lograr su superación.

Hacer ciencia social desde la periferia dominada es plantearse el hecho social como lo indeseable: *es verlo desde el lado de la negación*.

Por eso resulta tan grotesco que en nuestras “universidades periféricas” se acaten como dogmas los recetarios metodológicos que nos llegan y se trate simplemente de aplicarlos como si tal operación fuese neutral y objetiva (13).

Va apareciendo, así, la necesidad de no dejar en manos de otros (de los del centro) el trabajo de *investigación fundamental*, pues debemos desarrollar una ciencia social que no se contente con descubrir la coyuntura (quizás desde categorías inadecuadas por su corto alcance), sino que desarrolle una *normatividad* objetiva en tanto esa ciencia se convierta en “principio energético del próximo futuro”.

Aristóteles tenía razón cuando afirmaba que ciencia es conocimiento de lo general. Aquí no había mayor problema. Surgen, sin embargo, diferencias notables cuando se pregunta sobre la forma de obtención de las generalizaciones.

La inducción produce generalización. La produce por acumulación, por adición. Pero no produce *conocimiento necesario* ni *normativo*.

Es necesaria para hacer el inventario, para constatar y aún para alzar la vista sobre el provincianismo de lo singular y lo particular. Y, sin embargo, la inducción no permite superar el ámbito de los hechos. Nace y se mueve en ese ámbito y en él acaba.

Hay otra forma de generalizar que se obtiene por la vía de la negación (paso al límite), que genera necesidad y que puede ser normativa.

De ella pueden inferirse pasos normados hacia la acción consciente transformadora. Serían ya inferencias deductivas que permitirían proyectar una sociedad diferente a la que tenemos. Sería éste el método de los que, sintiéndose explotados, se niegan a seguir siéndolo.

Las ciencias de la sociedad (en tanto son las ciencias que versan sobre la legalidad, sobre la forma y sobre las tendencias que generan los hombres al relacionarse entre sí y con la naturaleza) no pueden constituirse sobre el “reconocimiento” y el acatamiento del hecho, sino sobre su negación.

Los hechos —sobre todo en nuestra sociedad— “no traen escrito en la frente lo que son”. No tienen más necesidad que la que les confiere nuestro desconocimiento de ellos. Son la mera contingencia social. Los hechos no son normativos, sino

por abuso; de ellos no surge norma alguna. La disciplina que pretenda constituirse desde ellos se condena a convertirse en la "triste historia" de un rosario de sucesos sin sentido alguno.

La negación de los hechos que se exige para producir la generalización de la que decíamos que sí se puede originar el saber científico no viene dada o exigida por las fácticas circunstancias de un mundo injusto, cruel e inseguro. Aunque la sociedad en que vivimos fuese mucho mejor, sería ese el camino hacia la ciencia. Sólo hay una forma de producir generalización verdadera (total) que *tenga que ver* con la realidad: la que se produce negando los hechos mediante el paso al límite; eso es: la que se produce cuando, negando lo real existente, lo concebimos en su límite, despojados de todos los defectos, indeseables, que observamos en él (14).

Es la que produce la economía política clásica cuando, negando las formas concretas y fácticas de la reproducción todavía semi feudal, concibe un universo de "reproducción simple".

Es la que produce el marxismo cuando, negando la forma "limitada" del modo de producción capitalista, concibe un modo de producción en el que los hombres, "libremente asociados" y con "plena conciencia" de lo que hacen, construyen en paz el reino de la libertad.

Es la que produce el marginalismo neo-clásico cuando, negando la tendencia al monopolio, piensa en un mundo de competencia perfecta con consumidores racionales y puntos de equilibrio.

Nadie podrá decir que esas generalizaciones sean externas o extrañas a la realidad: cada una de ellas ha sido pensada *desde* la realidad y contra ella. No son meras ocurrencias, sino *universos perfectos*, surgidos por negación de lo existente, que se convierten en modelos de la acción y que, cada uno a su manera, la iluminan y la guían.

Una vez logrados, se convierten en punto de partida y en lugar *absoluto* de referencia para el trabajo científico.

Estos universos son los *espacios teóricos* que se logran por la vía señalada de la negación sin los cuales no es posible la ciencia social. Pueden "actuar" inconscientemente sobre la tarea científica, produciendo disparates (como cuando se confunden con metas humanas y aparecen los regímenes de terror), o pueden conocerse explícitamente y entonces, los espacios teóricos resultan lugares obligados de referencia para *discernir* sobre el sentido de la acción humana.

No son, pues, los hechos el punto de partida, sino los *espacios teóricos obtenidos por la negación de los hechos*.

Aquí hay un cambio rotundo de sentido en el proceder de las ciencias sociales. Ya no será válido el lema de los tecnócratas al estilo de E. Teller: *del poder se deduce el deber*; sino al revés: el poder estará supeditado al deber ser y el deber ser, lejos de quedar fuera de las ciencias como pretenden los sociólogos, economistas, etc. de la línea max-weberiana, pertenecerá plenamente a las categorías científicas en tanto la libre *voluntad consciente* de los hombres deja de ser fuente de error y de confusión: a la descripción, se suma ahora la normatividad, para poder verdaderamente *explicar y decidir*.

La "fría" objetividad de la que se suponía se nutrían las ciencias naturales daba paso al ilimitado dominio de hombres y cosas.

El universo entero estaría de este modo a entera disposición del científico. Con este giro que señalamos, la objetividad no desencadena legitimación del dominio sino respeto al otro y a la naturaleza; pues obojetivo no es lo dado (como lo encontrado) sino lo *libre y consciente* y *socialmente* propuesto.

Estos espacios teóricos son "modelos de identidad" a los que nada afecta el criterio de falsabilidad de K. Popper. Este hombre se quedó reflexionando sobre las generalizaciones inductivas como si ellas fuesen las que verdaderamente constituían ciencia. Y perdió su tiempo pues todo su criterio de falsación se reduce al teorema ya glosado por Aristóteles de que "de la particular afirmativa no se puede deducir la universal afirmativa".

No hay, pues, experiencia concreta que pueda refutar un modelo de identidad. Nadie puede refutar que Inversión-Ahorro ($I = S$) como dice Keynes:

"Si se admite que el ingreso es igual al valor de la producción corriente, que la inversión es igual al valor de aquella parte de dicha producción que no se ha consumido y que el ahorro es igual al excedente del ingreso sobre el consumo..., la igualdad entre el ahorro y la inversión es una *consecuencia necesaria* (subrayado nuestro). En pocas palabras:

Inversión = valor de la producción = consumo + inversión
 Ahorro = ingreso - consumo.
 Por tanto, ahorro = inversión" (15).

Estos espacios teóricos (o modelos de identidad) sólo pueden ser abandonados o rebatidos indirectamente, a través de una praxis social que de-

rive de ellos ciertos proyectos específicos y trate de realizarlos.

Dos instancias tiene ahora el científico social para seguir su marcha: la realidad tal cual se le presenta y como la vive y el modelo que por su negación ha logrado. De ahí surge una *práctica científica comprometida* en doble sentido: en el de conocer y en el transformar. Y tanto el uno como el otro dirigidos a un fin: el de superar la realidad fáctica tal cual es.

Hasta ahora se puede precisar que los criterios de verdad de este modo de hacer ciencia social no pueden ser simples criterios formales.

Debe haber *coherencia*, esto es, el espacio teórico ha de ser consistente (incluso según las normas de la lógica formal) y ha de haber consistencia entre espacio teórico y proyectos de él derivados, pero los criterios mismos de derivación de los posibles proyectos no saldrán ya de la lógica formal sino de la *factibilidad*. El deber ser se impone al poder ser, pero el poder ser sugiere los límites reales de lo que se haga en cada momento. "Lo que se debe se puede" dice Kant; pero no necesariamente se puede ahora y aquí. Sin embargo, el poder ser cambia sin cesar y no en última instancia porque aumentan o cambian los saberes que en el camino se adquieren. De ahí que el criterio de verdad —sin invalidar otros criterios de coherencia lógica— resulte ser la praxis social: la verdad, de este modo, se concibe no como lo que es, sino como lo que se hace: *la verdad se hace* (se "verifica").

Los espacios teóricos permiten ponderar, medir e interpretar datos, fechas, lugares, tiempos, ritmos, cantidades; permiten comprender los hechos. Sin esa "unidad de medida", sin ese "patrón", no se puede "medir" ni comprender la génesis histórica ni las tendencias implicadas en una situación social determinada.

Del servilismo al hecho, pasamos a la interpretación de las ciencias sociales como ámbito de normatividad y de regulación humana. En el camino hemos conseguido un nuevo *criterio de verdad* y un nuevo concepto de *objetividad*.

Objetivo ya no será lo que está "fuera del ser social", sino, más bien, lo que el ser social media-tiza con su trabajo social. Objetivo es ya sinónimo de social.

Las ciencias sociales adquieren objetividad no en tanto operen con individuos como si fuesen átomos (Moreno) o cajas de fósforos (Gibson),

sino en tanto tengan como norte y finalidad la construcción de la sociedad de hombres libres.

NOTAS

(1) "El problema que me interesa... es... si el mundo es tal que es posible en principio, si supiésemos suficiente, predecir con todo detalle, por los métodos de la ciencia, sucesos únicos tales como la creación de una nueva sinfonía. Este es el único problema que me interesa en este campo... Estoy interesado en el mundo de los hechos" (K. Popper. *El universo abierto*. Citado por: J. M. Sánchez Ron. El País. Madrid 30 de sep. 1984; sección LIBROS, pág. 4).

(2) "El defensor del método científico contestará que sin generalizaciones es imposible llevar a cabo un razonamiento inductivo y que sin razonamientos inductivos es imposible averiguar nada de nada.. (Se) revela la importancia del método inductivo para descubrir los hechos" (Q. Gibson: *La lógica de la investigación social*. Tecnos. Madrid 1982; págs. 31-32).

(3) C. Marx. *El Capital*. I; F.C.E. México 1973; pág. 26.

(4) Max Weber. *Ensayo sobre la metodología sociológica*. Amorrortu. Bs. As.; pág. 44.

(5) I. Kant. *Crítica de la Razón Pura*. Prólogo a la 2a. ed. de 1787. Tomado de: J. Marías. *La filosofía en sus textos*. Labor. Barcelona. 1950.

(6) F. Bacon. *Novum Organum*. Losada. Buenos Aires. 1961. pág. 71.

(7) Q. Gibson. *La lógica de la investigación social*. O.c. pág. 52.

(8) Véase entrevista: EL PAIS. Madrid. Sección LIBROS. 20 de septiembre de 1984; pág. 1. Esto lo dice un hombre celebrado hoy por la social democracia como científico social y el que, si es tenido en cuenta, se debe, ante todo, por sus trabajos realizados en el ámbito de la sociología (*La sociedad abierta y sus enemigos*, *La miseria del historicismo*) ya que en el campo de las ciencias naturales no tiene aportación ninguna y en el de la "lógica de la investigación científica" no creemos, a pesar de lo mucho que se le celebra, que haya logrado gran cosa. No hay que olvidar que su teoría sobre la *falsabilidad* es, en realidad, una teoría ideológica en tanto permite sustentar sus tesis sociológicas como aquella de la fatuidad de la pretensión del conocimiento perfecto.

(9) Q. Gibson. O.c. pág. 54.

(10) Esta máxima maxweberiana, me recuerda lo que decía E. Teller ("padre de la bomba de hidrógeno") en una entrevista con el "Bild der Wissenschaft" (1975): el hombre científico "debe aplicar aquello que ha entendido". H. Lenk comenta esto: "se alude de esta manera a una ideología exagerada de la factibilidad que ha invertido el dicho moral kantiano "deber implica poder", convirtiéndolo en un "imperativo tecnológico"—, en una supuesta normatividad de las posibilidades tecnológicas. Si el hombre debe o puede iniciar y también llevar a cabo todo lo que es capaz de construir, hacer o efectuar, plantea por cierto una cuestión ética especialmente precaria". (H. Lenk. "Filosofía, ética y acción humana en la situación actual" en UNIVERSITAS. Vol. XXI. Stuttgart. Junio 1984; pág. 290).

(11) G. Gibson. O.c. págs. 15-16.

(12) E. TRIST. "Organización y financiación de la investigación" en: R. Bondon y otros. *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*. Tecnos. UNESCO. Madrid 1981; págs. 285-286.

(13) Es claro que esa actitud es parte de la dependencia, y, por tanto, la objetividad no es falsa. Pero no es

objetiva en el sentido de que ese sea el camino correcto y mucho menos, que ese sea el único camino de hacer ciencia social.

(14) Véase: F. Hinkelammert: *Crítica a la Razón Utópica*. DEI. S. José. 1984.

(15) J. M. Keynes: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. F.C.E. México 1981; pág. 64.